La ilusión dialéctica: por qué la neurociencia y la psicología social demuestran que la confrontación no educa

Ernesto Mascarell Perez
Investigador independiente
mascarell1960@hotmail.com

Resumen

La tradición dialéctica, desde Platón hasta Marx, ha dominado el pensamiento educativo occidental al presentar el conflicto de ideas como el método supremo para alcanzar la verdad y la emancipación. Este artículo somete a crítica dicho paradigma a la luz de los avances contemporáneos en neurociencia, psicología social y teoría de la mente. Se argumenta que el esquema tesis-antítesis-síntesis es científicamente insostenible por tres razones fundamentales: primero, porque la diversidad de perspectivas humanas es irreductible a una única antítesis; segundo, porque el conocimiento no emerge de una síntesis unificadora, sino de una polifonía de voces que coexisten sin fundirse; tercero, porque en la confrontación dialéctica lo que prevalece no es la fuerza de la razón, sino la razón de la fuerza, reproduciendo así estructuras de dominación. Frente a esta tradición, se propone la dialógica como alternativa pedagógica basada en el encuentro, la escucha activa y la construcción colectiva del conocimiento. La educación dialógica, coherente con nuestra naturaleza relacional y empática, ofrece un camino para superar la anomia, la alienación, el conflicto y la exclusión que genera el modelo dialéctico.

Palabras clave: Dialéctica, dialógica, polifonía, pedagogía relacional, neurociencia, teoría de la mente, neuronas espejo, sesgo de confirmación, disonancia cognitiva, educación.

Introducción

Durante más de dos milenios, la tradición dialéctica ha sido venerada como el método supremo del pensamiento crítico y la emancipación. Desde Platón hasta

Marx, pasando por Hegel, la dialéctica se ha presentado como el camino real hacia la verdad: una tesis se enfrenta a su antítesis y de su combate nace una síntesis superadora. Este esquema, tan elegante como engañoso, ha impregnado la filosofía, la política y, sobre todo, la educación. Sin embargo, los avances de la neurociencia, la psicología social y la teoría de la mente en las últimas décadas han puesto en evidencia que este modelo no solo es científicamente insostenible, sino profundamente perjudicial para el desarrollo humano. La dialéctica, lejos de ser un diálogo, es una forma encubierta de monólogo que reproduce la dominación y excluye la diversidad. Frente a ella, la *dialógica* –el diálogo genuino como encuentro y construcción colectiva– emerge no como una opción filosófica más, sino como la única alternativa coherente con nuestra naturaleza relacional.

1. El mito de la antítesis única: la diversidad irreductible de voces

El primer pilar de la dialéctica es la creencia de que a cada tesis le corresponde una antítesis, una única contradicción que, una vez resuelta, conduce a una síntesis. Este esquema binario es una simplificación grosera de la realidad. La neurociencia y la psicología cognitiva han demostrado que los seres humanos no procesamos la información de forma dicotómica, sino a través de redes neuronales complejas que integran múltiples perspectivas simultáneamente. La *teoría de la mente* –nuestra capacidad para atribuir estados mentales a los demás (Premack & Woodruff, 1978)– nos revela que cada persona posee un punto de vista único, forjado por su historia, su cultura y sus emociones. No existe una sola antítesis, sino tantas como individuos participan en una conversación.

Como señala Michael Tomasello (2007), los humanos somos seres cooperativos que desarrollamos nuestra cognición en interacción con otros.
La *recursividad* de nuestro pensamiento nos permite no solo entender la perspectiva del otro, sino también la perspectiva que el otro tiene de la nuestra, y así sucesivamente. Esta complejidad hace inviable el esquema dialéctico de tesis y antítesis: en cualquier debate real, las posiciones son múltiples,

cambiantes y contextuales. Reducirlas a dos polos opuestos es una violencia epistémica que silencia la riqueza de las voces intermedias.

Además, la investigación sobre el *sesgo de confirmación* (Nickerson, 1998) muestra que los seres humanos tendemos a buscar y privilegiar la información que confirma nuestras creencias preexistentes. La confrontación dialéctica, lejos de abrirnos a nuevas ideas, refuerza nuestras posiciones iniciales y nos vuelve más rígidos. La evidencia empírica demuestra que la confrontación en un debate no conduce a la búsqueda de la verdad, sino a la polarización y al afianzamiento de los prejuicios. La dialéctica, en la práctica, no es un método de indagación, sino un mecanismo de autoconvencimiento.

2. La polifonía frente a la síntesis: voces que cantan juntas sin fundirse

Bajtín (1999), el gran teórico de la novela polifónica, ya advirtió que la verdad no es el resultado de una síntesis que anula las diferencias, sino de un diálogo en el que las voces coexisten sin perderse. La dialéctica, al buscar una síntesis, aspira a una uniformidad que traiciona la naturaleza del lenguaje y de la conciencia. La neurociencia respalda esta intuición: las *neuronas espejo* (Rizzolatti & Craighero, 2004) nos permiten comprender las acciones e intenciones de los demás, no para anularlas en una fusión, sino para establecer una resonancia empática que respeta la alteridad. La empatía, como ha demostrado Daniel Goleman (2006), no es un sentimiento difuso, sino un proceso cognitivo y afectivo que nos conecta con el otro sin disolver su singularidad.

En el ámbito educativo, la pedagogía de Paulo Freire (1993, 1997) recupera esta idea: el diálogo no es un método para llegar a un acuerdo forzado, sino un proceso en el que educadores y educandos se transforman mutuamente. La síntesis dialéctica, por el contrario, impone un cierre artificial a una conversación que, por su propia naturaleza, es inacabable. Como escribe Sidorkin (2007), la educación no consiste en reducir la diversidad ni en quedarse mirando cómo crece, sino en convertir la simple diversidad en *diversidad de la conexión*.

La ciencia cognitiva actual confirma que el aprendizaje significativo no ocurre en el enfrentamiento, sino en la colaboración. Los estudios sobre *aprendizaje*

cooperativo (Johnson & Johnson, 1989) demuestran que los estudiantes que trabajan juntos, compartiendo perspectivas y construyendo conocimiento de forma conjunta, obtienen mejores resultados que aquellos que compiten o debaten. La polifonía, no la síntesis, es el motor del desarrollo intelectual.

3. La razón de la fuerza: por qué el conflicto no supera la dominación

Uno de los supuestos más perniciosos de la dialéctica es que la confrontación de ideas, si es honesta y racional, conduce a la verdad y, por tanto, a la liberación. Sin embargo, la psicología social y la neurociencia han mostrado que en un conflicto entre dos posiciones, la que se impone casi nunca lo hace por la fuerza de la razón, sino por la razón de la fuerza. El *sesgo de confirmación*, la *disonancia cognitiva* (Festinger, 1957) y las dinámicas de poder distorsionan cualquier debate.

La disonancia cognitiva describe el malestar que sentimos cuando nuestras creencias chocan con evidencias contrarias. Para reducir este malestar, tendemos a reinterpretar la evidencia o a desacreditar a la fuente, en lugar de cambiar nuestras convicciones. En un enfrentamiento dialéctico, el oponente no es un interlocutor, sino una amenaza para nuestra identidad; su derrota no es un paso hacia la verdad, sino una victoria que reafirma nuestro ego.

Además, como ha señalado el filósofo Byung-Chul Han (2012), la sociedad contemporánea está marcada por la *positividad* del consenso y la *negatividad* del conflicto, pero este conflicto se resuelve casi siempre a favor del más poderoso. En un mundo de opresores y oprimidos, la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo solo ofrece dos salidas: que el esclavo se convierta en amo –reproduciendo la lógica de la dominación– o que el amo mantenga su posición. Nunca se supera la estructura exclusiva; solo se cambian los actores. Esta constatación ya fue advertida por Paulo Freire (2005) al señalar que la opresión es la mayor escuela de formación de opresores, y que el oprimido que quiere alcanzar su libertad debe, según la lógica dialéctica, convertirse él mismo en opresor, reproduciendo así el ciclo de explotación.

La neurociencia social, a través de los trabajos de Jaak Panksepp (1998) y otros, ha demostrado que las emociones prosociales –la empatía, el cuidado, el apego– son fundamentales para la supervivencia de nuestra especie. La dialéctica, al privilegiar la confrontación, desatiende estas necesidades básicas y fomenta una cultura de la agresividad y la insensibilidad. No es casualidad que las sociedades más igualitarias y pacíficas sean aquellas que promueven el diálogo y la cooperación, no la competencia (Wilkinson & Pickett, 2009).

4. Implicaciones educativas: de la dialéctica a la dialógica

La crítica a la dialéctica no es un ejercicio académico estéril. Tiene consecuencias directas para la práctica educativa. El sistema escolar actual, impregnado de lógica dialéctica, se organiza en torno a la confrontación: exámenes, notas, rankings, debates competitivos, selección de los mejores. Este modelo no solo genera ansiedad y exclusión, sino que contradice lo que sabemos sobre el aprendizaje humano.

La *dialógica*, en cambio, propone una educación basada en el encuentro. Esto implica:

- **Reconocer la multiplicidad de perspectivas**: el aula no es un campo de batalla entre dos ideas, sino un espacio donde conviven muchas voces. El profesor no es un árbitro que dirime cuál es la mejor, sino un facilitador que ayuda a tejer conexiones entre ellas. Como sostiene Mascarell (2016), "la pedagogía relacional intenta superar las contradicciones dicotómicas de estos posicionamientos políticos [...] ampliando la perspectiva y redefiniendo el propio concepto de pedagogía como 'el desarrollo de la función educativa de las relaciones humanas'".
- **Fomentar la escucha activa**: la neurociencia nos dice que la empatía se entrena. La educación debe cultivar la capacidad de ponerse en el lugar del otro, no para refutarlo, sino para comprenderlo. La inteligencia social, como la define Goleman (2006), es un conjunto de habilidades que pueden y deben ser enseñadas.
- **Priorizar la cooperación sobre la competición**: los estudios sobre motivación intrínseca (Deci & Ryan, 1985) muestran que la competencia

socava el interés y la creatividad. El aprendizaje significativo surge cuando las personas se sienten seguras y valoradas, y cuando el objetivo no es vencer al otro, sino crecer con él.

- **Aceptar la inconclusión**: el conocimiento no es un producto terminado, sino un proceso. La educación dialógica no busca respuestas definitivas, sino preguntas que abran nuevos horizontes. Esta visión coincide con la de Bajtín (1999) cuando afirma que "la realidad es inabarcable y las personas somos seres singulares en su interpretación, que generamos la verdad en cada relación mediante un diálogo polifónico que nos transforma".

Conclusión: abandonar la dialéctica para abrazar el diálogo

La tradición dialéctica nos ha vendido una promesa falsa: que el conflicto es el camino hacia la verdad y la libertad. La ciencia contemporánea demuestra que es exactamente lo contrario: el conflicto alimenta la polarización, refuerza los prejuicios y perpetúa la dominación. La verdad no nace de la confrontación, sino del reconocimiento mutuo; la libertad no se alcanza venciendo al otro, sino construyendo con él.

Como se defiende en *Condición Humana y Acción Educativa* (Mascarell, 2016), "la verdadera educación no reduce y excluye, sino que amplifica e incluye, contempla todo el sistema e intenta mantener su homeostasis en la complejidad y la incertidumbre". La dialéctica es hija de una época que creía en las verdades absolutas y en la razón como arma. La dialógica es hija de un tiempo que reconoce la diversidad, la fragilidad y la interdependencia.

No se trata de renunciar al pensamiento crítico, sino de entenderlo de otra manera: no como un combate, sino como un arte de la escucha; no como una síntesis, sino como una polifonía; no como una conquista, sino como un encuentro. Porque, al fin y al cabo, educar no es formar soldados para la batalla de las ideas, sino acompañar a las personas en el descubrimiento de su propia voz y en el reconocimiento de la voz de los demás. Esa es la única revolución que merece la pena.

Referencias bibliográficas

Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI.

Deci, E. L., & Ryan, R. M. (1985). *Intrinsic motivation and self-determination in human behavior*. Plenum Press.

Festinger, L. (1957). *A theory of cognitive dissonance*. Stanford University Press.

Freire, P. (1993). *Política y educación*. Siglo XXI.

Freire, P. (1997). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI.

Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.

Goleman, D. (2006). *Inteligencia social: La nueva ciencia de las relaciones humanas*. Kairós.

Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Johnson, D. W., & Johnson, R. T. (1989). *Cooperation and competition: Theory and research*. Interaction Book Company.

Mascarell, E. (2016). *Condición Humana y Acción Educativa. Tres puntos de vista*. (Autoedición).

Nickerson, R. S. (1998). Confirmation bias: A ubiquitous phenomenon in many guises. *Review of General Psychology*, 2(2), 175-220.

Panksepp, J. (1998). *Affective neuroscience: The foundations of human and animal emotions*. Oxford University Press.

Premack, D., & Woodruff, G. (1978). Does the chimpanzee have a theory of mind? *Behavioral and Brain Sciences*, 1(4), 515-526.

Rizzolatti, G., & Craighero, L. (2004). The mirror-neuron system. *Annual Review of Neuroscience*, 27, 169-192.

Sidorkin, A. (2007). *Las relaciones educativas. Educación impura, escuelas desescolarizadas y diálogo con el mal*. Octaedro.

Tomasello, M. (2007). *Los orígenes culturales de la cognición humana*. Amorrortu.

Wilkinson, R., & Pickett, K. (2009). *The spirit level: Why more equal societies almost always do better*. Allen Lane.